



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Del siglo XX al XXI, o del ensayo general a la puesta en escena

Autor: Levi, Arrigo

Forma sugerida de citar: Levi, A. (2001). Del siglo XX al XXI, o del ensayo general a la puesta en escena. *Cuadernos Americanos*, 2(86), 198-218.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XV, Núm. 86, (marzo-abril de 2001).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Del siglo xx al xxi, o del ensayo general a la puesta en escena*

Por Arrigo LEVI
Sociedad Europea de Cultura

Somos hombres y mujeres de una época extraordinaria, tan apasionante como rica en contradicciones. La humanidad posee hoy instrumentos de potencia inaudita. Puede hacer de este mundo un jardín, o reducirlo a un cúmulo de escombros [...] Hoy, como nunca en el pasado, la humanidad está en una encrucijada.

Juan Pablo II¹

EN LA ELECCIÓN del tema de esta conferencia he sido influido por la del año pasado.² Esbozando un “balance histórico de fines del siglo xx”, Charles Maier se había preguntado “¿el siglo xx fue peor que los otros?”. Su análisis incluía un sorpresivo conteo de los vivos y de los muertos, de los salvados y de los sumergidos, y el activo era ampliamente superior al pasivo. Calculado por años, los cuatro mil millones de años de vida perdidos en el curso del siglo xx por la muerte de 150 millones de víctimas de las catástrofes del siglo eran bastante poca cosa en relación con los 300 mil millones de años de vida ganados por los seres humanos salvados gracias al desarrollo económico y los progresos de la medicina. Al final, Maier admitía “no saber decir” si el siglo xx fue realmente el peor de todos los siglos, pero a mí me pareció que no estaba del todo convencido de ello.

A la distancia de doce meses, en el curso de este año 2000 (que no es el primero del tercer milenio, sino el último del segundo),

* Conferencia en la Associazione Il Mulino, Bologna, 4 de noviembre del 2000.

¹ Juan Pablo II, celebración eucarística del 8 de octubre del 2000, *L'Osservatore Romano*, 9-10 de octubre del 2000. [La traducción está tomada de la página electrónica del Vaticano].

² Charles S. Maier, “El ventesimo secolo è stato peggiore degli altri? Un bilancio storico alla fine del Novecento”, *Il Mulino*, núm. 6 (1999), pp. 995-1011.

muchos otros balances, conclusivos o preventivos, han sido propuestos.³ El análisis que aquí someto requiere ser leído como un testimonio y reflexión personal, al final de mi viaje por el siglo xx. Pero no intento dar un juicio moral sobre el siglo que termina, como aquel otro, sufrido y problemático, de Charles Maier. Quisiera en cambio esforzarme por entender qué herencia concreta dejan al siglo xxi los acontecimientos extraordinarios del xx. Algunos fueron súbitos y sorprendentes, otros fruto de una larga gestación, todos ricos en complejas implicaciones para la historia futura. Nuestros hijos y nietos tendrán gran libertad de elección entre destinos alternativos.

Haciendo correr la película de la memoria de una vida, el siglo que se cierra me pareció como una especie de “ensayo general” de una función que espera todavía la “puesta en escena”. Con esto no quiero decir que las masacres y catástrofes del siglo xx hayan sido sólo una prueba general, y que se repetirán, incluso agigantadas y perfeccionadas, en el curso del siglo xxi. No es lo que tengo en mente; lo que tengo son, sobre todo, algunas novedades determinantes para nuestro futuro, algunas alentadoras, otras alarmantes, que han surgido en el curso del siglo xx, pero que sólo en el xxi o después se revelarán en todo su potencial, positivo o negativo. Entre la prueba general y la puesta en escena hay tiempo para muchos ajustes. Más aún, ya se han empezado a realizar en el curso del siglo xx: los hombres no son ciegos.

³ El análisis, con muchas colaboraciones, aparecido en *Foreign Policy*, núm. 119 (summer 2000); *Global*, núm. 3 (junio del 2000) es uno de los más recientes. Se discuten todavía dos textos ya clásicos: Francis Fukuyama, *La fine della storia e l'ultimo uomo*, Milán, Rizzoli, 1992 [*El fin de la historia y el último hombre*, Buenos Aires, Planeta, 1992]; Samuel P. Huntington, *Lo scontro delle civiltà e il nuovo ordine mondiale*, Milán, Garzanti, 1997 [*El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, México, Paidós, 1997]. Entre las grandes síntesis de la historia del siglo xx han tenido vasto eco Eric Hobsbawm, *Il secolo breve, 1914-1991: l'era dei grandi cataclismi*, Milán, Rizzoli, 1995 [*Historia del siglo xx*, Barcelona, Crítica, 2000]; François Furet, *Il passato di un'illusione: l'idea comunista nel xx secolo*, Milán, Mondadori, 1995 [*El pasado de una ilusión: ensayo sobre la idea comunista en el siglo xx*, México, fce, 1996]; *Il libro nero del comunismo: crimini, terrore, repressione*, Milán, Mondadori, 1998 [*El libro negro del comunismo*, Barcelona, Planeta, 1998]; Thierry de Montbrial, *Que faire? Les grandes manoeuvres du monde*, París, La manufacture, 1990. En un ejercicio de futurología me había empeñado yo también hace un cuarto de siglo, en un volumen con varias colaboraciones. *Verso il Duemila*, Bari, Laterza, 1984; más recientemente he tratado de reconstruir una parte importante de la historia del siglo en mi *Russia nel Novecento: una storia europea*, Milán, Corbaccio, 1999.

Grandes esperanzas

PERO leer el sentido de la historia no es fácil. En el curso del siglo xx las interpretaciones y previsiones de estudiosos y políticos han sido repetidamente desmentidas por los hechos y han sufrido llamativos cambios. Esto nos llama a una justa prudencia.

El siglo xx se había abierto en un clima de grandes esperanzas. Las grandes potencias estaban en paz entre sí desde hacía varias décadas, y había un anhelo universal de que ya no habría grandes guerras. Winston Churchill, oficial alumno en Sandhurst en la última década del siglo xix, estaba convencido de haber elegido la profesión equivocada. Escribió luego en sus memorias de juventud: "Con el advenimiento de los regímenes liberales y democráticos" la guerra parecía "haberse hecho imposible". Quizás todavía se pelearía en alguna remota colonia, pero "ninguna persona sana de mente" podía dudar del hecho que "la época de la guerra entre naciones civilizadas hubiese terminado para siempre".⁴

Pasaron pocos años, y la más insensata de todas las guerras, esa "Gran Guerra", que para los primos soberanos que la desencadenaron debía durar pocas semanas, se convirtió en la "masacre inútil" que desangró a Europa y se extendió por el mundo entero. Cuando mi padre partió como voluntario para el frente en 1915 pensaba ir a combatir, por el Rey y la Patria, la última campaña militar del Risorgimento. Después de tres años de trincheras se encontró viviendo en una Italia lacerada, con el rey que legitimaba la violencia y el régimen fascista (como después las leyes raciales), y en un mundo convulsionado.

No sólo la Gran Guerra no fue, como muchos esperaban, "la última de todas las guerras", sino que, por el contrario, imprimió en el código genético del hombre del siglo xx la idea de la muerte en masa. La Sociedad de las Naciones fue un sueño breve e ilusorio, aunque no olvidado. Los ideales del siglo xix engendraron en el xx, gracias también a las graves crisis de las democracias, hijos monstruosos. De la perversión de los ideales socialdemócratas des-

⁴ Winston Churchill, *Gli anni della mia giovinezza*. Milán, Garzanti, 1961. Evocando el espíritu de esos años. Sigmund Freud escribía: "Esperábamos que a la larga la comunidad de intereses establecida por el comercio y la producción diera un empuje moral" y que los malentendidos y contrastes estuvieran destinados a ser resueltos de forma pacífica, por lo menos por los "ciudadanos del mundo civilizado", citado por E. Rothschild. *Global*, núm. 3 (junio del 2000)

cendió la “democracia totalitaria”⁵ de Lenin y Stalin, con sus decenas de millones de víctimas. De la distorsión de los ideales nacionales descendieron, así como de la necesidad por parte de las multitudes de certidumbres y mitos, el totalitarismo nacionalista y demagógico de Mussolini y el totalitarismo racista de Hitler. Con la Gran Guerra tuvo inicio la era de los holocaustos, fruto de guerras nacional-ideológicas, de sangrientas revoluciones, de alucinantes genocidios raciales.

Ya en 1917, con la caída del imperio zarista (impensable, de la manera en que se dio, sin las masacres de la Gran Guerra), se había iniciado la confrontación entre el comunismo y las democracias, que se convirtió en el hilo conductor de la historia de la segunda mitad del siglo: el segundo acto del conflicto, que dominó todo el siglo, entre las democracias y los totalitarismos. Éstos fueron los temas dominantes de la historia política del siglo xx.

Pero no todos la vieron así. Recuerdo haber escuchado, en los años cincuenta, a Arnold Toynbee que señalaba (en las Reith Lectures de la BBC) en la confrontación entre Occidente y el Mundo (“the West versus the World”) el *leitmotiv* del siglo. Yo pienso todavía que en el centro de todo estuvo “Occidente contra Occidente”. Pero la visión de Toynbee del Occidente como “agresor del mundo” tuvo gran fortuna en el Tercer Mundo, además de la que tuvo en Moscú. Se estaba en los inicios de la gran liquidación de los imperios coloniales europeos, que habían “civilizado el mundo”. Para fines de siglo se habían disuelto todos más o menos voluntariamente. Con ellos desapareció también la secular primacía de las grandes potencias europeas.

⁵ Jacob L. Talmon, *Le origini della democrazia totalitaria*, Bologna, Il Mulino, 1952, p. 7: “Este estudio es un intento de demostrar que, al lado de la democracia de tipo liberal, en el siglo xviii surgió de las mismas premisas una tendencia hacia lo que proponemos llamar el tipo de democracia totalitaria. Estas dos corrientes han existido una al lado de la otra desde el siglo xviii. La tensión entre ellas ha constituido un importante capítulo de la historia moderna y hoy se ha convertido en el problema más vital [...] La historia de los últimos ciento cincuenta años parece una preparación sistemática para el choque frontal entre democracia empírica y democracia liberal por una parte, y democracia totalitaria y mesiánica por otro, conflicto en el que consiste la crisis mundial contemporánea”, p. 10; “La democracia totalitaria será tratada en estas páginas como parte integrante de la tradición occidental” [*The origins of totalitarian democracy*, Londres, Secker & Warburg, 1955, pp. 1 y 3]. Sobre el totalitarismo como ideología europea, véase también Hanna Arendt, *Le origini del totalitarismo*, parte II, Milán, Comunità, 1967 [*Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza, 1982]. Para el lazo entre el comunismo y las ideologías socialdemócratas, véase Levi, *Russia nel Novecento*.

Occidente contra Occidente

EN la fórmula toynbeana había en realidad mucho de verdad. Durante todo el siglo, Occidente, con sus ideologías —democracia, totalitarismo, comunismo, por no hablar de los regímenes militares—⁶ enemigas entre sí, pero todas emparentadas y enraizadas en la historia y el pensamiento occidental (por otra parte, la democracia había sido considerada a través de los siglos el terreno de cultivo de la demagogia y la antesala de la tiranía), siguió efectivamente “agrediendo el mundo”, cambiándolo para bien o para mal. El modelo occidental del Estado nacional generó decenas de nuevos Estados independientes. Los sistemas políticos occidentales (democráticos, fascistas, comunistas) fueron imitados en todo el mundo. La idea occidental del Progreso se impuso a todas las grandes civilizaciones, de Japón al mundo islámico, a China,⁷ a la India.

Las visiones de Occidente sobre el destino del hombre, sus sueños y pesadillas, contagiaron a todos los pueblos. Y fue Occidente el que anunció al Mundo un destino común, o mejor dicho, una elección entre los destinos alternativos, pero siempre de ámbito global. El siglo xx fue realmente, como dijo Charles Maier, “más ambicioso de todos los otros siglos en la intención de reformular las conciencias”, o por lo menos la segunda mitad del siglo, como se dijo, fue una época “entre las más fuertes y dinámicas, a los efectos de la liberación de los pueblos y de los individuos”.⁸ También fueron inventadas, para dar cuerpo a los proyectos de paz universal, nuevas instituciones regionales o globales; vivimos con pasión estos retos ambiciosos. Los progresos de la ciencia, especialmente de la medicina, abrieron a nuestra vida, y más todavía a la de nuestros descendientes, horizontes de ciencia-ficción.

Pero no nos fue concedido vivir vidas serenas, incluso cuando, después de 1945, pareció terminar la época de las grandes guerras y grandes masacres. Nuestro horizonte siguió ofuscado por vastas

⁶ A. Rizzo, *L'alternativa in uniforme: tecnica e ideologia del potere militare*, Milán, Mondadori, 1973

⁷ Cito una broma, en un encuentro del verano del 2000, del primer ministro chino, Zhu Rongji: “Después de todo, el comunismo no lo hemos inventado los chinos, lo han inventado los europeos”

⁸ Del *Document du Cinquantenaire de la Société Européenne de Culture*, de agosto del 2000: “A pesar del ‘pasivo’ de atrocidades que lo han marcado, el siglo xx, por lo menos en su segunda mitad, representa una de las épocas más fuertes y dinámicas en cuanto a la liberación y promoción de los valores de la humanidad”.

amenazas. De Hiroshima en adelante, el relámpago enceguecedor del hongo atómico proyectó amplias sombras sobre nuestro futuro.

La Guerra Fría, “la enorme desarmonía de los tiempos modernos”, como dijo una vez George Kennan, fue una sucesión de crisis, que vivimos con angustia. Cada una de ellas nos llevaba, incluso deliberadamente, con base en una teoría de la *brinkmanship*, al “borde” de una tercera Guerra Mundial, de la que nos protegía el “equilibrio del terror”. Nuestra supervivencia estaba confiada a la teoría, realista pero alucinante, de la “destrucción recíproca asegurada”, “mutual assured destruction” (o MAD). Se pensaba, y se piensa, que la amenaza nuclear era, y es, tan espantosa que suscita en los gobiernos enemigos instintos de autodestrucción suficientes como para detener la carrera al desastre sobre el borde del abismo. Pero al borde se llegó varias veces: Corea, Vietnam, Hungría, Suez.

Y luego Cuba. Recuerdo el silencio inmóvil, surrealista, de un soleado domingo neoyorkino, cuando la balanza de nuestro destino oscilaba incierta entre la guerra y la paz. En esos años, las novelas de política-ficción preveían, al séptimo día, el fin del mundo. La confrontación entre los bloques no impedía, y quizás estimulaba, revoluciones, guerras, masacres, aunque arrinconadas a la periferia del mundo. Y en cada crisis las superpotencias estaban peligrosamente implicadas.

Con el tiempo pensamos que éste era ya el destino de toda nuestra vida. Luego, justo al final, el siglo xx nos ofreció su mayor *coup de théâtre*. La interminable, incierta pulseada entre Este y Oeste se resolvió con la caída repentina e incruenta del comunismo y con la disolución del último de los imperios europeos. Los pueblos del Este abatieron muros y gobiernos, reconquistaron su libertad y la ofrecieron como regalo a Europa, al mundo, a la misma Rusia. El “significado del siglo” cambió bruscamente. Habíamos vivido un siglo de miedos. Ahora volvíamos a esperar. Recuerdo la insólita exclamación liberadora de los periodistas que estábamos presentes en la primera cumbre entre Reagan y Gorbachov en Ginebra, cuando los dos atravesaron con grandes pasos un amplio estrado para apretarse largamente la mano. ¡A cuántas cumbres de la Guerra Fría habíamos asistido! Escribimos entonces que quizás estaba naciendo un nuevo orden mundial de paz.

La herencia del siglo

PERO las sorpresas del siglo xx nos sugieren prudencia. Antes de mirar adelante, debemos entender bien la herencia del siglo xx. Nos preguntamos: ¿por qué la democracia terminó por ganar todas las guerras, por derrotar a todos los totalitarismos y todas las dictaduras? ¿Por qué la economía de mercado prevaleció sobre las “dirigidas”? Es decir, ¿qué tan sólida es la herencia “vencedora” que nos legó el siglo xx?

La respuesta más tranquilizadora es que ha ganado el mejor sistema, el más capaz, por cuanto fundado sobre la libertad, de estimular las energías y la inventiva de los hombres y de los pueblos. Es un hecho que desde antes de la muerte de Stalin los estudiosos del comunismo habían considerado que el sistema económico y político soviético estaba en decadencia, que no habría sostenido la confrontación con el Occidente democrático, y que serían inevitables reformas radicales de inspiración democrática y liberal, o un tropezón revolucionario. La profecía parecía estarse realizando en los años sesenta.⁹ Se realizó dos décadas después: un error no grave para politólogos. La repentinidad de la caída fue una sorpresa: pero la caída misma había sido prevista, era el fruto de la debilidad intrínseca de un totalitarismo tiránico, basado en el terror, y de la valentía innovadora con que las democracias habían recogido el desafío.

¿Fue del mismo modo “inevitable” la derrota del Reich de Hitler? Vacilo en dar una respuesta igualmente tajante. Cuando Jorge VI eligió con reservas, como sucesor de Neville Chamberlain, a Winston Churchill, un visionario genial pero excéntrico, en vez del sólido Lord Halifax (que habría hecho una paz de compromiso con Hitler),¹⁰ quizás no sabía que estaba decidiendo la suerte de Europa y del mundo. Recuerdo, como si fuera ayer, el agudo dolor que experimenté, con mi familia, por la caída de Francia. Cuando en 1942 tomamos el último barco para las Américas, todo el continente estaba en manos de feroces dictaduras. La esperanza no fue ciertamente nuestra compañera de viaje: y entonces no sabíamos siquiera a qué destino estábamos escapando.

⁹ Zbigniew Brzezinski, ed., *Dilemmas of change in Soviet politics*, Nueva York, Columbia University Press, 1969.

¹⁰ William Manchester, *Churchill, l'ultimo leone. 1914-1974*, vol. 1, Milán, Frassinelli, 1985, p. 4.

Al final de cuentas, pienso que las victorias de las democracias no fueron casuales o fortuitas, y que no se debe a la Casualidad que hoy haya en el mundo (así se dice) más democracias que Estados no democráticos. Pienso que la democracia, a pesar de todas sus debilidades, se adecua mejor al mundo complejo, en continua mutación, en el que vivimos, y que las democracias vencieron porque eran más civilizadas y más libres, y por lo tanto más fuertes y capaces de evolucionar. Esto nos da sólidas esperanzas para el futuro. Al final la democracia ha vencido. Fue derrotado el “lado oscuro de la fuerza”, el polo negativo de esta poderosa energía que está en la naturaleza misma de la civilización occidental, siempre empeñada en querer cambiar el mundo. La historia del siglo xxi reanuda, pues, desde buenas bases, por encima de nuestras esperanzas. Durante un siglo de masacres y catástrofes sin precedentes, muchas ideologías del mal y del odio han sido derrotadas. Muchos pueblos del mundo han obtenido la independencia y conocido por primera vez la libertad. Muchas naciones, enemigas a lo largo de los siglos, están construyendo juntas instituciones de gobierno y de paz.

Hoy, por lo menos de palabra, todos los pueblos parecen haberse convertido a los ideales de libertad y cooperación, de respeto a los derechos humanos. Al llamado de un papa ecuménico y predicador de paz han acudido, en el verano del 2000, muchedumbres de jóvenes, y su reunión “oceánica” no invitaba al odio ni a la guerra sino a la hermandad entre los hombres y las gentes. Podemos sacar buenos auspicios.

Pero nosotros, hombres del siglo xx, no olvidamos cuántas veces la democracia arriesgó derrotas irremediables.¹¹ Muchos

¹¹ En los años treinta, Harold Laski y muchos otros se mostraron convencidos que la democracia estaba asediada y condenada por los totalitarismos nazi y comunista, véase S. Mastellone, *Storia della democrazia in Europa. da Montesquieu a Kelsen*, Turín, UTET, 1986; de Jean-François Revel, además de *La tentazione totalitaria*, Milán, Rizzoli, 1976, véase *Come finiscono le democrazie*, Milán, Rizzoli, 1984. El primer capítulo, titulado “El final de un accidente”, iniciaba con estas palabras: “Tal vez la democracia habrá sido en la historia un accidente, un breve paréntesis que vuelve a cerrarse ante nuestros ojos. En su sentido moderno [...] habrá durado algo más de dos siglos, a juzgar por la velocidad con que crecen las fuerzas que tienden a abolirla [...] indudablemente la democracia habría podido durar, si hubiera sido el único tipo de organización política en el mundo. Pero congénitamente no está hecha para defenderse de los enemigos que, desde el exterior, aspiran a destruirla, sobre todo cuando el más reciente y el más temible de estos enemigos exteriores, el comunismo, variante actual y modelo acabado del totalitarismo, consigue presentarse como un perfeccionamiento de la democracia misma, aun siendo su negación absoluta” [*Cómo terminan las democracias*, Barcelona, Planeta, 1984, p. 11]. Cinco años después caía el Muro de

estudiosos, desde los años treinta a los ochenta, de Harold Laski a Jean-François Revel, la habían dado como segura perdedora en relación con los distintos totalitarismos.

Y el final del siglo no ha marcado el fin de los falsos dioses del siglo xx. El alma negra de Europa no está muerta.¹² Hay nazis en Alemania y fascistas en Italia, comunistas en Rusia. En Asia el Estado más poblado, China, es todavía comunista, aunque de un comunismo modificado y corregido. También la mala hierba del racismo, lejos de haber sido extirpada (“el racismo es quizás el reflejo más antiguo del hombre”, decía Tahar Ben Jelloun) está rebrotando, nutriéndose en Europa por una xenofobia difusa, estimulada por migraciones tumultuosas y mal controlables.

Nos han sorprendido y trastornado los despiadados conflictos locales estallados después de la Guerra Fría, con el resurgimiento de viejos nacionalismos, despertados como otros Rip van Winkle, del largo sueño opresivo de las dictaduras comunistas o de viejos odios religiosos o raciales, rebrotados como ríos cársicos en los Balcanes, en el Cáucaso, vivos como nunca en el País Vasco, en Irlanda, en el Cercano Oriente. África es teatro de feroces guerras tribales de exterminio. Sobrevivió el terrorismo en muchos países, incluso entre los más civilizados y democráticos.

Estos acontecimientos pueden también ser leídos como “el colapso del siglo xx”, o como supervivencias de una antigua barbarie y de ideologías arcaicas, más que como el anuncio de lo que nos tiene reservado el nuevo siglo. Pero no podemos hacernos ilusiones pensando que sólo nos resta saldar alguna cuenta con la

Berlín. Dos años antes había tratado de explicar —en *La Stampa* del 10 de febrero de 1982 (reimpreso en Arrigo Levi, *Tra Est e Ovest. cronache di un trentennio, 1960-1989*, Milán, Rizzoli, 1990), en polémica con Aleksandr Soljenitsin y con mi amigo Guido Ceronetti, que veía avanzar indetenible el “Golem armado”, como definía a la Unión Soviética— que éste era mucho más mito que realidad, y que era un monstruo de pies de barro. Sobre las debilidades de las democracias occidentales, a mediados de los años sesenta, el texto clásico es el informe de 1975 a la Comisión Trilateral de Michel J. Crozier, Samuel P. Huntington y Joji Watanuki, *La crisi della democrazia: rapporto sulla governabilità delle democrazie alla Commissione Trilaterale*, trad. it., Milán, Angeli, 1977. A éste se debe el concepto del *overloading* de las democracias, que por su naturaleza suscitan en las masas esperanzas siempre crecientes, imposibles de satisfacer; véase también el clásico estudio de Giovanni Sartori, *Democrazia, cosa è*, Milán, Rizzoli, 1993.

¹² Los “días de la memoria” quieren ayudar a los hombres a no repetir los errores del pasado. Son necesarios porque (cito una desoladora reflexión de Elena Loewenthal) “la historia se plagia a sí misma con una tenacidad inexplicable” y “el hecho que haya sucedido multiplica la posibilidad que suceda de nuevo”, Elena Loewenthal, “Il plagio della Storia”, *La Stampa*, 3 de agosto del 2000.

historia y luego todo marchará de la mejor manera. Los antiguos demonios son duros de morir. La primera herencia dejada por el siglo xx al xxi nos parece, pues, estar constituida por esos capítulos de historia que quisiéramos no haber vivido, que están todavía abiertos y que podrían reabrirse; y que no hemos logrado aún cerrar.

Nuevas oportunidades, nuevos peligros

PERO, además del pasado inconcluso, debemos enfrentar también nuevos retos, surgidos en el curso del siglo xx, que nos proponen nuevas oportunidades y nuevos peligros.

Con el siglo xx dio inicio la era de la globalidad: éste me parece el nombre más adecuado para la “posguerra fría”. La globalización, entendida como condición de acercamiento entre las civilizaciones y de interdependencia universal entre las naciones, no sólo es un hecho económico, sino que es fruto de ese progreso técnico y científico que constituye la característica dominante de la edad moderna y contemporánea. Tiempo y Espacio se han como contraído, las distancias se han borrado, los tiempos de la historia se han acelerado.¹³ Vivimos todos en “tiempo real” todos los sucesos del mundo. La hora de Europa es la misma que la de América, de Asia y de África.

La primera conciencia clara del origen común y del destino común de los hombres ya se había tenido en el pensamiento profético, así como en el pensamiento griego. Sin embargo, las grandes civilizaciones se desarrollaron por siglos y milenios como si fueran universos separados. Los contactos fueron raros, la difusión de las ideas, modas, invenciones, tenía tiempos pluriseculares. La

¹³ *Verso il Duemila*. Entre los muchos ensayos sobre el “giro del siglo” y sobre las perspectivas de la política internacional después del término de la primera Guerra Fria, me limito a recordar como particularmente importantes a Henry Kissinger, *L'arte della diplomazia*, Milán, Sperling & Kupfer, 1994; Zbigniew Brzezinski, *La grande scacchiera*, Milán, Longanesi, 1998; Leopoldo Zea, *Fin del siglo xx, ¿centuria perdida?*, México, fce, 1996. Para un análisis original sobre el futuro de la economía global, véase el ensayo de F. Bergsten, “Towards a tripartite world”, *The Economist*, 13 de julio del 2000. Es un texto que me confirma en el convencimiento que no entendemos todavía plenamente el funcionamiento de la economía global y la forma de dirigirla. Lo demuestran también la crisis mexicana de 1996 y la crisis asiática de 1998, que se extendieron hasta Rusia y América Latina. Sin embargo es un hecho que la “globalización”, entendida como un movimiento cada vez más libre de mercancías y capitales, ya ha hecho salir de la pobreza a centenares de millones de hombres, y ha permitido una transferencia colosal de recursos hacia los países en vías de desarrollo.

historia se desarrollaba sobre escenarios separados, los acontecimientos que se suscitaban sobre uno de esos escenarios eran ignorados en otras partes, y no se influían mutuamente. “East is East and West is West, and never the twain shall meet”: Oriente es el Oriente y el Occidente es el Occidente, y nunca se van a encontrar, decían los ingleses del siglo XIX, que estaban construyendo el primer imperio global y que se daban muy bien cuenta de la diversidad de los mundos que gobernaban. Asia había vivido una historia propia y una civilización propia, el Mediterráneo y Europa otra historia y otra civilización. Al ascenso de la civilización occidental se debe en los tiempos modernos la creación de una nueva condición de interdependencia entre las distintas “historias del mundo”. Fue la Europa iluminista la que tomó conciencia, en el momento en que se convirtió, y supo que se había convertido, en la cultura dominante en el mundo. Una vez en contacto con los “otros” no permaneció encerrada en sí misma, como el imperio central chino, sino que se movió precisamente a la conquista del mundo y dio inicio a la “historia del mundo”.

La unificación sistémica de la historia

COMO sabemos, se debe a Kant la primera formulación de esta nueva condición de la vida humana. En el ensayo sobre la *Paz perpetua* de 1795, Kant observó que “en cuanto a la asociación de los pueblos de la tierra [...] progresivamente hemos llegado a tal punto que la violación del derecho ocurrida en un punto de la tierra es advertida en todos los puntos”. Por ello, en su opinión no era tolerable el “estado de naturaleza [...] que es más bien un estado de guerra”. Para realizar una paz perpetua y universal, Kant consideraba necesarias dos condiciones. Primero: “La constitución civil de todo Estado debe ser republicana”, es decir fundada en el “principio de la libertad” de todos los hombres y sobre “La ley de la igualdad de todos” (hoy diríamos que todo Estado debe tener una “democracia”. Kant daba a esta palabra otro significado). Segundo: “El derecho de gentes debe fundarse en una federación de Estados libres”. En otro pasaje, Kant habla de la creación de “un Estado de pueblos (*civitas gentium*) que (siempre, por supuesto, en aumento) abarcaría finalmente a todos los pueblos de la tierra”. Probablemente Kant no sabía —tampoco nosotros lo sabemos—

qué cosa exactamente deba ser tal Estado universal. Pero sabía que era necesario para garantizar una paz perpetua.¹⁴

Con el lenguaje de hoy, diríamos que el mundo se ha convertido en “un sistema”,¹⁵ aunque no todos los hombres muestran haberlo entendido. El nacimiento del “sistema global” podría ser identificado como la principal herencia del siglo xx al xxi. Éste es el significado de la globalización: lo que acontece en “un punto” de la tierra se hace sentir “en todos los puntos”. El siglo que se ha cerrado, con sus guerras mundiales, calientes o frías, ha ofrecido repetidas demostraciones de la naturaleza sistémica del mundo: la era de la globalidad ha empezado y nunca tendrá fin. En el curso de nuestra vida la unificación sistémica de la historia humana ha sufrido una aceleración cargada de potencialidades que, para bien o para mal, van mucho más allá de las maneras que se han manifestado en el siglo xx.

Pero el “sistema mundo”, como hoy existe, sufre de graves imperfecciones y discontinuidades. Es un sistema “contingente”, por su naturaleza inestable. Es decir: el mundo es y se comporta como un “sistema” en cuanto contenedor de un gran número de subsistemas que tienen repercusiones inmediatas sobre todo el organismo global. Pero el sistema mundial recibe “retroacciones”

¹⁴ Los principales escritos políticos de Kant, entre los cuales *La paz perpetua. un proyecto filosófico*, han sido recogidos y comentados por Mario Albertini, ed., Immanuel Kant, *La pace, la ragione e la storia*, Bologna, Il Mulino, 1985 [aquí citamos *Sobre la paz perpetua*, presentación de Antonio Truyol y Serra, trad. de Joaquín Abellán, Madrid, Tecnos, 1998 (col. *Clásicos del pensamiento*, 7)] Para Albertini, Kant no era un “confederalista”, sino un “federalista imperfecto”: “Cada vez que plantea el problema de la paz piensa siempre en un poder mundial que sepa imponer el respeto de una ley universal, aun cuando, al tratar de precisar la naturaleza de este poder, no lo logra, como cualquier otro hombre de entonces” Bobbio, comentando la idea kantiana “según la cual la paz perpetua es posible sólo entre Estados que tengan la misma forma de gobierno, y esta forma sea la forma republicana”, observa que “nos encontramos frente a uno de los círculos viciosos en que se empantana cualquier previsión racional [...] Los Estados podrán llegar a ser todos democráticos sólo en una sociedad internacional cabalmente democratizada. Pero una sociedad internacional cabalmente democratizada presupone que todos los Estados que la componen sean democráticos”. Y sin embargo, “ya se ha iniciado el proceso para la democratización de la sociedad internacional. Esto permite pensar que las dos tendencias, en lugar de obstaculizarse mutuamente, se apoyan. Así y todo, sería prematuro transformar esta esperanza en una previsión”, Norberto Bobbio, *Il futuro della democrazia*, 2ª ed., Turin, Einaudi, 1991, p. 218 [*El futuro de la democracia*, 2ª ed., México, FCE, 1996, p. 212].

¹⁵ Jay W. Forrester, *World dynamics*, Cambridge, MASS, MIT Press, 1971, y Donella Meadows, *I limiti dello sviluppo*, Milán, Mondadori, 1972 [*Los límites del crecimiento*, México, FCE, 1973]; véase también mi ensayo “Gli scenari della politica”, en *l'erso il Duemila*

imperfectas de los varios subsistemas en crisis, y carece de los instrumentos necesarios de gobierno global. En los últimos años no se ha hablado de otra cosa sino de esta imperfección del “sistema global” y de las instituciones que podrían disponerse para su gobierno. Muy bien ha dicho Tommaso Padoa Schioppa en un escrito reciente: “Actividades humanas cuyo último horizonte era la frontera del Estado, y más a menudo la del pueblo o de la provincia, ahora recorren ampliamente todo el mundo. La que más lentamente amplió su perímetro propio es la actividad de gobierno, en tantos aspectos la más noble y difícil”.¹⁶

No es un descubrimiento de los últimos años que el mundo “globalizado” sea hoy un organismo colosal gobernado por un cerebro todavía embrionario. En el curso del siglo xx, mientras el mundo se convertía cada vez más en un “sistema”, los gobiernos y los pueblos se han dado cuenta de esta nueva realidad y han promovido iniciativas para reducir las “discontinuidades”, para controlar mejor el sistema. Esto pasó también en los últimos años durante la gran confrontación global que fue llamada “Guerra Fría”.¹⁷ Se crearon entonces importantes instituciones de gobierno global, desde la ONU a las grandes organizaciones económicas (FMI, Banco Mundial, OMC y otras). Aunque imperfectas, son un grandioso edificio en construcción, y la filosofía que las inspira se hace cada vez más ambiciosa. Justamente en los últimos años del siglo se ha ido afirmando el principio de que los derechos del hombre, o de las minorías, o de los pueblos, deben prevalecer sobre el derecho de los Estados, limitando su soberanía.

Estas ideas vienen de lejos. En 1917, en la célebre Nota con que invitaba a los Estados cristianos de Europa a poner fin a la “inútil masacre”, Benedicto XV solicitaba la creación de un nuevo “imperio del derecho” en el mundo, que coordinara los intereses de los Estados con las “aspiraciones de los pueblos”. Hoy estamos sólo en los inicios de la construcción de un “imperio del derecho” universal. Pero la creciente afirmación del derecho-deber de la “injerencia humanitaria” marca un giro en la política mundial. Ya en

¹⁶ Tommaso Padoa Schioppa. “La lenta ricorsa della legalità”, *Il Corriere della Sera*, 13 de agosto del 2000.

¹⁷ Por otra parte, los dos grandes adversarios, bloque comunista y alianza democrática, se proponían, cada uno a su manera, establecer un nuevo orden mundial. Pero no es casualidad que las máximas instituciones transnacionales y supranacionales, económicas o políticas, creadas en el curso de esas décadas, hayan sido sobre todo fruto de la ideología y de la iniciativa política de las democracias.

1994, frente al conflicto en la ex Yugoslavia. Juan Pablo II escribía, en una carta al secretario general de la ONU, Butros Ghali:

La ONU es el foro más adecuado para que la comunidad internacional asuma su responsabilidad hacia algunos de sus miembros, incapaces de vivir con sus sufrimientos [...] La autoridad del derecho y la fuerza moral de las más altas instancias internacionales son los fundamentos sobre los cuales reside el derecho de intervención para la salvaguardia de la población, tomada como rehén por la locura asesina de los defensores de la guerra.¹⁸

El papa pedía nada menos que una mutación profunda de la naturaleza y las funciones de la ONU, embrión de un estado de derecho internacional. Este tema surgió como motivo central de la Cumbre del Milenio de septiembre del 2000, fuertemente apoyado por el secretario general de la ONU, Kofi Annan, convencido de la necesidad de adecuar “la Carta de la ONU a una nueva era en que la noción tradicional de soberanía ya no logra hacer justicia a los pueblos de todas partes del mundo que aspiran a conseguir las libertades fundamentales”.¹⁹ El documento final del Millennium Summit aprobó un texto que refuerza los poderes de intervención militar de la ONU y los instrumentos operativos necesarios. Se crearon así las premisas de una “fuerza de policía” mundial.

Pero solamente las premisas: las grandes potencias todavía están muy lejos de aceptar acciones de “injerencia” sobre sus territorios. La condición actual, en escala mucho más vasta, es comparable a la que existía en los comienzos de la edad moderna, cuando al interior de cada Estado nacional el “estado de derecho” naciente era fuerte sólo con los débiles, y débil con los fuertes.

¹⁸ Citado en Arrigo Levi, *Le due fedi*, Bologna, Il Mulino, 1996, p. 56. El secretario general de la ONU, Kofi Annan, testimonia lo difícil que es, para las grandes potencias y para las Naciones Unidas, asumir las tareas y las responsabilidades que les correspondían para prevenir y detener los conflictos (pesa en la conciencia del mundo la falta de intervención en la guerra de exterminio entre hutus y tutsis en África central, por la negativa de las grandes potencias a intervenir), véase su reciente entrevista al *Time*. Durante la Guerra Fría, dice Annan, las dos superpotencias podían de alguna manera controlar a sus aliados-satélites, y aunque esto no los detuviera, por lo menos los hacía más “descubiertos”. Hoy en cambio “tenemos que lidiar con señores de la guerra que no entienden el mundo exterior y no tienen ningún interés en entenderlo. Y en situaciones de este tipo, si no estamos preparados para usar la fuerza contra la fuerza, no se puede hacer mucho. El problema es que hay países, como por ejemplo Estados Unidos, que no aceptan arriesgar ni siquiera una baja, y ésta es una filosofía que se va extendiendo”

¹⁹ “Ningún gobierno tiene el derecho de esconderse detrás de la soberanía nacional para violar los derechos humanos o las libertades fundamentales de su pueblo”, Kofi Annan, “Il mondo senza diritti”, *La Repubblica*, 24 de octubre del 2000.

Pero el ascenso, en la conciencia de la gente, y quizás sobre todo de los jóvenes, de la Razón del Hombre enfrentada a la Razón de Estado, está actuando como una poderosa levadura para el crecimiento de las instituciones globales, para limitar los poderes tradicionales de los Estados nacionales. Se abre aquí un vasto campo de acción para las generaciones futuras.

Nosotros los europeos, de modo particular, no podemos ignorar la importancia del surgimiento de instituciones de gobierno a escala regional, o continental, que ya se colocan, aunque parcialmente, por encima de los Estados nacionales. También en este caso, y obviamente pienso en la Unión Europea, todavía hay mucho camino que hacer, e incluso el objetivo final es incierto: ¿un Estado federal europeo?, ¿una federación o confederación de Estados democráticos?²⁰ No lo sabemos. Pero si mirando hacia adelante vemos muchas incógnitas y mucho camino por hacer, mirando hacia atrás vemos los grandes progresos hechos. Nosotros los viejos, que tenemos muy fuerte el recuerdo de una Europa dividida y ensangrentada, y que hemos participado temerosos a los primeros pasos hacia la unificación, preguntándonos por qué deberíamos lograr justamente nosotros lo que nunca antes se había logrado, fuimos testigos de un progreso que supera todos los sueños de nuestra juventud. La memoria del pasado alienta a avanzar sobre el camino trazado por los “padres de Europa”, los padres del movimiento europeo.

Si es verdad que el “desafío soviético” contribuyó a reforzarlo (Stalin fue un importante “federador externo” de la Europa democrática), las motivaciones profundas y antiguas del proyecto de unificación de Europa parecen haber adquirido hoy un nuevo impulso después de la caída del comunismo, en los desafíos de la “era global”. El peso que Europa tendrá en la constitución de un orden mundial de paz dependerá en efecto de la medida de su éxito en el camino de la unificación.

En el mundo posterior a la Guerra Fría —cito a Henry Kissinger— las tradicionales naciones-Estado europeas —los países que formaron el concierto de Europa hasta la primera Guerra Mundial— carecen de recursos

²⁰ *Europa: l'impossibile status quo*, un informe editado por el Club di Firenze. Bologna, Il Mulino, 1996; *1992: la nuova economia europea*, un informe de M. Emerson, Bologna, Il Mulino, 1990; R. Prodi, *Un'idea dell'Europa*, Bologna, Il Mulino, 1999.

para desempeñar un papel mundial. El éxito de sus esfuerzos para consolidarse en la Unión Europea determinará su influencia futura. Unida, Europa continuará siendo una gran potencia; dividida en Estados nacionales, irá cayendo a una posición secundaria.²¹

Pero aquí se presentan muchas incógnitas. El mundo de la posguerra fría se caracteriza por una “multipolaridad global”, por una nueva balanza de poder, por un nuevo equilibrio de fuerzas entre un número limitado de grandes potencias: una reproducción, a escala global, del “concierto europeo” del siglo xix.²² El gobierno de un equilibrio internacional multipolar es tarea que los hombres del siglo xxi deberán afrontar, y no se presenta fácil. Nunca lo fue en el pasado en casos parecidos. No lo era entre las ciudades-Estado de la antigua Grecia, o entre los Estados de la Italia renacentista, ni lo fue en los largos siglos de conflictos entre los Estados nacionales europeos.

Además (y cito una vez más a Kissinger), “ningún orden internacional anterior ha contenido grandes centros de poder distribuidos por todo el globo terráqueo. Tampoco ha habido estadistas obligados a practicar su diplomacia en un medio en que los hechos pueden ser experimentados instantánea y simultáneamente por los jefes de Estado y sus públicos”.²³ Las complicaciones son muchas. En un “nuevo orden mundial estable” —sigo citando a Kissinger— “ya sea la Alianza Atlántica o la Unión Europea, son elementos estructurales indispensables”. En medida tanto mayor cuanto más numerosas son las incógnitas de este sistema complejo. Es una incógnita la evolución futura, en el curso de unas décadas, de la política de China, potencialmente la mayor superpotencia, así como de la India. También lo es el modo en que se insertarán en este nuevo orden América Latina y África. Sobre todo, se presenta como determinante el regreso de Rusia al lugar de la URSS, como gran potencia euroasiática.²⁴ ¿Querrá proseguir un proyecto

²¹ Kissinger, *L'arte della diplomazia* [*Diplomacia*, México, fce, 1995, p. 805].

²² Kissinger no se hace ilusiones ni siquiera sobre el papel de los mismos Estados Unidos en este nuevo sistema global multipolar: “Vemos en acción vastas fuerzas mundiales que, con el tiempo, harán menos excepcionales a los Estados Unidos”, *ibid.*, p. 806, aun cuando su primacía militar o económica seguirá por un periodo no breve; pero tampoco Estados Unidos escapará a los ciclos de ascenso y declive de las grandes potencias del pasado; véase también Paul Kennedy, *Ascesa e declino delle grandi potenze*, 2ª ed., Milán, Garzanti, 1994, pp. 720-721 [*Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona, Plaza y Janés, 1989].

²³ Kissinger, *L'arte della diplomazia* [*Diplomacia*, p. 805].

²⁴ D. Yergin y T. Gustafson, *Russia 2010 and what it means for the world. The Cera Report*, Nueva York, Vintage Books, 1995.

propio, independiente del “gran juego” global? ¿O se asociará como “otros Estados Unidos” al sistema de alianzas occidental que tiene su corazón histórico en Europa, contribuyendo así a crear, con la participación de Japón, un gran anillo de estabilidad y de fuerza en torno al hemisferio septentrional? Es lo que esperamos. Pero es posible que el nuevo sistema multipolar resulte todavía más difícil de gobernar que el de los años de la Guerra Fría.

Un gran poder de autodestrucción

ME encamino a concluir este análisis de la “era de la globalidad”, y de una globalidad multipolar, que se inició con el fin del comunismo. He pospuesto al final de mi discurso lo que en realidad era la idea dominante desde el inicio. Si el siglo xx fue el siglo del “ensayo general”, el episodio central de este ensayo general no es ni siquiera el advenimiento de la “era global”. La verdadera novedad del siglo, que incumbe a la “puesta en escena” del xxi y de los siglos siguientes, es otra.

No puedo, aunque me siento tentado, poner en primer lugar ni siquiera la Shoah. La novedad dominante es el hecho que en el curso de la segunda Guerra Mundial los hombres han adquirido, en un punto temporal preciso, del que conocemos el día y la hora, la capacidad de autodestruirse, es decir de hacer invivibles para los hombres, y quizás para toda forma de vida superior, esa delgada capa de suelo, agua y aire llamado “ecósfera” que rodea toda la superficie del planeta Tierra. Esta capacidad no la habíamos tenido nunca antes, y no dejaremos de tenerla. Lamentablemente es cierto que una conflagración nuclear podría transformar la Tierra en un “planeta de insectos y de hierbas”.²⁵ No sucedió; pero antes de Hiroshima, en la primera era de la historia humana, que tuvo fin a las 8:15 de la mañana del 6 de agosto de 1945, no podía suceder. En la segunda era, que se inició entonces (y mi generación es la única cuyo lapso de vida se extiende entre las dos eras), podría suceder.

Las armas nucleares podrían también ser destruidas, pero no podrán nunca ser desinventadas. Éste es un hecho indiscutible, aunque generalmente no es ventilado. Cito a Raymond Aron: “Los horrores de las guerras del siglo xx, la amenaza termonuclear, han dado a la negativa de la política de poder no solamente actualidad y urgencia, sino también una especie de evidencia.

²⁵ J. Schell, *Il destino della terra*, Milán, Mondadori, 1982.

La historia ya no debe *ser ya* una sucesión de conflictos sangrientos, si la Humanidad quiere seguir su aventura”.²⁶

Hay más. Después de Hiroshima, en el curso de la segunda mitad del siglo, apareció gradual y concretamente otro posible recorrido de autodestrucción, que deriva del progreso humano mismo. Me refiero a las amenazas ecológicas, por la contaminación atmosférica y la irrupción de cambios climáticos catastróficos que hagan inhabitable la tierra. De este modo, ha cambiado radicalmente la relación entre Hombre y Naturaleza. Con el progreso de la ciencia y la tecnología, el hombre parecía haber ganado la batalla contra la gran enemiga, ya no tenía razones para temer catástrofes naturales. Pero en el curso del “ensayo general” del que hablaba, él mismo se ha convertido, con sus nuevos e inmensos poderes, en la suprema amenaza a los equilibrios naturales. La Naturaleza, Gea, tenía dentro de sí mecanismos correctivos para cualquier catástrofe, para protección de la continuidad de la vida sobre la Tierra. Pero podría revelarse impotente frente a catástrofes surgidas del “progreso humano”.

El Hombre es, en suma, la amenaza final, del mismo modo que es la única defensa última contra el fin de los tiempos. Ahora corresponde al Hombre, ya no a la naturaleza, “la salvaguarda de lo Creado” (cito la frase, iluminadora y sobrecogedora, de uno de los dos millones de jóvenes reunidos el año pasado en Roma para el Gran Jubileo).²⁷

El Hombre siempre fue y es libre de elegir entre el Bien y el Mal. El hombre puede tener fe en Dios o en la Razón, o tener fe y basta; pero de todos modos es a su conciencia que debe dirigirse al final para las acciones que decidirán su porvenir. Y hoy el hombre es árbitro de destinos alternativos, de paz o de guerra, de vida o de muerte. Frente a su libre arbitrio, también Dios, dice el papa Wojtyla, “ha querido hacerse impotente”.²⁸

²⁶ Raymond Aron, *Pace e guerra tra le nazioni*. Milán, Comunità, 1970 [*Paz y guerra entre las naciones*, Madrid, Alianza, 1985, p. 835]. Además no podemos ignorar que la que ha sido hasta ahora la principal garantía de la paz nuclear, es decir MAD, puede no ser por siempre válida. El proceso, quizás indetenible, de proliferación nuclear, crea nuevos peligros, que amenazan “el equilibrio del terror” y que estimulan a construir ilusorios sistemas de defensa antinuclear, que a su vez podrían neutralizar a MAD. De esto se habla entre las superpotencias, y es una novedad grave.

²⁷ Del mensaje de Oronza Renna dirigido al presidente de la República. Ciampi, en ocasión del encuentro del Quirinal el 19 de agosto del 2000

²⁸ Juan Pablo II, con Vittorio Messori, *l'arcare la soglia della speranza*. Milán, Mondadori, 1994.

Hacia la "puesta en escena"

LLEGADOS a la curva del año 2001, sabemos que el tiempo que tenemos a disposición para hacer imposible una catástrofe irreparable —bélica, ecológica o de otro tipo— es un tiempo finito, aunque no sepamos cuán limitado. Creo que esto hará la condición humana de hoy distinta de la de cualquier otra época anterior. El hombre debe aprender a utilizar y a gobernar un poder creador, o destructor, que los hombres del pasado habrían considerado no humano sino divino.

De esta condición nuestra vida saca colores y vibraciones particulares. Se difunde una ansiosa búsqueda de valores y de certidumbres, que sin embargo no provendrán de ilusorias fugas de la realidad (como el no al globalismo del "pueblo de Seattle") o de brumosos ímpetus místicos colectivos. Algo bien distinto será necesario para devolver a las generaciones futuras una razonable certidumbre del futuro. Es confortante que la conciencia del reto que debemos afrontar esté cada vez más difundida. Se están movilizando no sólo las fuerzas políticas y los gobiernos, sino también las fuerzas intelectuales de los pueblos, de muchas formas distintas. No es por casualidad que en estas décadas se ha despertado, en nombre de la paz, la antigua vocación universal de las grandes religiones, empeñadas en vencer cerrazones dogmáticas destructivas. Aunque la tentación de afirmar la superioridad de la propia verdad o fe sobre la de los otros sigue siendo fuerte, naturalmente,²⁹ de hecho está apareciendo, y esto es lo que más

²⁹ Ha suscitado mucha polémica la reciente declaración de la Congregación para la Doctrina de la fe, *Dominus Jesus*, expuesta por el cardenal Ratzinger. Este no ha negado que también "los otros", incluso los no cristianos, puedan recibir la gracia divina, y que para ellos la salvación sea posible; pero ha afirmado que éstos "se hallan en una situación gravemente deficitaria si se compara con la de aquellos que, en la Iglesia, tienen la plenitud de los medios salvíficos". [La traducción está tomada de la edición hecha en México por Ediciones Paulinas, 2000 (*Actas y documentos pontificios*, 142), p. 36]. Este texto ha sido enseguida corregido, si no contradicho, por el cardenal Carlo Maria Martini, el cual ha explicado que "la salvación es posible a todos, independientemente de cualquier Iglesia, si cada uno sigue la Gracia de Dios, la conciencia moral y el Espíritu Santo [...] Cuando uno se salva, no es simplemente gracias a una religión, sino gracias al hecho que vive con amor, y es capaz de perdonar y de sacrificarse por los otros, de abrirse a horizontes éticos". También el cardenal Edward Cassidy, presidente del Consejo Pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos, ha tomado luego la debida distancia del texto de Ratzinger. La última palabra, obviamente, correspondió al papa, que dijo: "Es mi esperanza que esta Declaración, que me es querida, después de tantas interpretaciones equívocas, pueda finalmente desempeñar su función clarificadora y al mismo tiempo de apertura [...] con el apóstol Pedro confesamos que 'no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea posible salvarse'" (Hechos 4, 12). La Declaración *Dominus Jesus*, en los pasos del Vaticano II, muestra que con ello no se niega la salvación a los no cristianos, sino que se indica el

cuenta, un nuevo diálogo y una nueva alianza, entre las muchas corrientes de la cultura laica, liberal y democrática (que han elaborado sus proyectos de progreso también en cenáculos intelectuales como éste de la Associazione il Mulino al que tengo la dicha de pertenecer) y las grandes instituciones religiosas, partícipes de la misma conciencia de lo universal.³⁰ El motivo último de este diálogo es la búsqueda de la paz y la salvación. Desarrollar una pedagogía de la paz es todavía hoy una empresa “titánica”, como escribía en los años cincuenta un filósofo que me es muy querido, Umberto Campagnolo, y los resultados no son siempre y enseguida visibles. Recuerdo cuando me decía, en un encuentro lejano, ese gran espíritu que era Paulo VI: “La educación para la paz no es menos importante si se desarrolla de modo capilar y sin efectos visibles inmediatos”. Ya lo he dicho y escrito, y lo repito a riesgo de parecer monomaniaco: frente a una amenaza final —como no ha existido antes en la historia, y que, por lo que podemos entender, seguirá estando en el horizonte de la historia— es necesaria una alianza entre todos los hombres de buena voluntad, más aún, entre todos los hombres de fe, laica o religiosa.³¹

origen último en Cristo, en el cual se unen Dios y hombre. “Dios da la luz a todos de forma adecuada a su situación interior y ambiental, concediéndoles la gracia salvífica a través de caminos por él conocidos [...] El Documento expresa de este modo una vez más la misma pasión ecuménica que está en la base de la Encíclica *Ut unum sint*” (*L'Osservatore Romano*, 2-3 de octubre del 2000). Esta palabra papal parece ignorar la jerarquía de la salvación ratzingeriana. Personalmente, considero la *Dominus Jesus*, y las sucesivas y atormentadas interpretaciones de la misma, una “batalla de retaguardia”, reveladora de lo que de hecho cambió, irrevocablemente, la doctrina de la Iglesia católica (al precio de persistentes contradicciones en su interior). Cuando se acepta que la propia no es la única “vía a la salvación” ya se ha aceptado todo. El pensamiento laico y liberal, armado de esa “marcha hacia más” que tiene el nombre de “tolerancia”, y respeto a los otros, parece haber convertido a muchos firmes creyentes, aunque no a todos. Ésta es realmente una época de intensas reflexiones para la Iglesia católica; pero pienso que sea un bien para la Iglesia y para todos.

³⁰ Levi, *Dialoghi sulla fede*, con V. Paglia y A. Riccardi, Bologna, Il Mulino, 2000. Sobre la importancia de la “política de la cultura”, véase Umberto Campagnolo, *Petit dictionnaire pour une politique de la culture*, Éditions de la Baconnière, 1969, p. 19: “La cultura representa, todavía hoy, la mayor oportunidad para evitar la catástrofe hacia la que la humanidad se está encaminando, en función de la misma lógica de la crisis que atraviesa. Es necesario que la humanidad tome conciencia del poder, de la importancia y de la responsabilidad de la cultura”. Sobre la relación entre la Iglesia y el movimiento de integración europeo, véase el agudo juicio de Andrea Riccardi: “En el papado del siglo xx hay conciencia de ser la única institución europea no nacional y no nacionalizada que haya sobrevivido en el continente [...] La internacional católica, que es la Iglesia, sufre frente al surgimiento poderoso y prepotente de las naciones en época de paz, en época de guerra y sobre todo en época de guerra mundial”, en A. Canavero y J.-D. Durand, eds., *Il fattore religioso nell'integrazione europea*, Milán, Unicopli, 1999, p. 26.

³¹ C. Ruini et al., *Dialoghi in cattedrale*, Cinisello Balsamo, Edizioni San Paolo, 1997.

El sistema global en el que vivimos, discontinuo, complejo e inestable, y además capaz de autodestrucción, necesita para ser gobernado una respuesta hoy utópica: la creación de un estado de derecho internacional, el que soñaba Kant, capaz de liberar y aprovechar íntegramente, y de embridar y tener bajo control los poderes casi ilimitados que el hombre contemporáneo ha sabido conquistar. Los progresos del conocimiento han puesto en nuestras manos el poder de hacer tanto bien, o tanto mal, como nunca en el pasado.

En el siglo que yo llamo del “ensayo general”, el xx, se crearon y experimentaron de varia forma todas las condiciones para nuevas catástrofes. También se han emprendido proyectos concretos para dar inicio a una era de “paz perenne” entre los pueblos, de progreso y de bienestar universales. El ensayo general ha terminado. Con el nuevo siglo inicia la “puesta en escena” del segundo acto de la comedia humana. ¿Cómo terminará?, no sabemos. Decía Edgar Morin, en un debate con Cornélius Castoriadis, publicado en *Le Monde* en marzo de 1991:

La lógica llevaría a previsiones pesimistas sobre el año 2000 y más allá. Pero afortunadamente la vida no obedece siempre a la lógica. Hay una nueva coyuntura mundial que quizás nos permitirá escapar al ciclo infernal. Debemos proyectarnos a un porvenir no prometido, pero querido. Nuestra esperanza es salir de la Edad de Hierro planetaria. Nuestro mito es el de la fraternidad humana, que echa sus raíces en nuestra tierra-patria.

Tal es el reto de la era de la globalidad nuclear, que ha dado inicio.

Tocará a las nuevas generaciones afrontarla. La generación a la que pertenezco se prepara a salir de escena con la vuelta del siglo y del milenio; puede hacerlo sin nutrir demasiada vergüenza. Ha mantenido en alto sus propias banderas; ha sobrevivido a peligros inmensos; ha derrotado a muchos enemigos; ha adquirido un importante patrimonio de conocimientos, de valores, de ideales, de fe, ha ideado grandes proyectos, y para realizarlos ha comenzado a construir grandes instituciones. También es cierto que en el fondo del alma humana se esconden muchos demonios dormidos; qué digo, algunos lanzan todos los días altos gritos. Pero la conciencia de la humanidad está bien despierta. Las pruebas del siglo xx no la han matado, sino bien templado.

La Historia continúa.

Traducido del italiano por Hernán G. H. Taboada